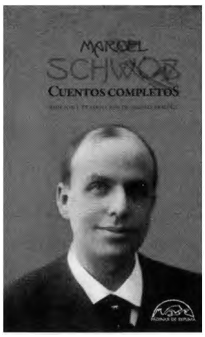
Marcel Schwob:
Cuentos completos
(Edición y traducción de Mauro Armiño)
Ed. Páginas de Espuma, Madrid, 2015
784 páginas, 35€



Sociedad secreta: Marcel Schwob

Por JULIO SERRANO

Hay escritores para unos pocos, para iniciados, para miembros de esas sociedades secretas que se crean en torno a ciertas pasiones literarias, autores que no están en boca de todos y por eso mismo, sus lectores, al hallarse, se encuentran, valga la redundancia. Es el caso de Marcel Schwob (Chaville, Hauts-de-Seine, 23 de agosto de 1867 – París, 26 de febrero de 1905), un escritor brillante, erudito, visionario, alucinado, enamorado de la fantasía, del mundo antiguo, de la historia, de la literatura y de la noche. Surge en una época marcada por el dominio indiscutible del realismo, ocupando un espacio distinto al de la narrativa francesa de su siglo. No se le puede considerar dentro de ninguna de las corrientes dominantes de su tiempo –realismo, naturalismo, parnasianismo–. Es un *rara avis* que carece de discípulos inmediatos y supone, por tanto, una isla. Algunos lo han querido ver dentro de la corriente de los simbolistas, otros de la de los decadentistas. Algo comparte con ambos: una fascinación por oriente y un exotismo que nos podría recordar a Pierre Louÿs o a Pierre Loti que podría llevarnos a poetas como Verlaine o Rimbaud. No obstante, esta herramienta de descripción por aproximación sería, a todas luces, despreciada por Schwob, ya que para él la profunda singularidad del individuo –lo que le hace único y no lo que comparte– es lo que le interesa en sus, por ejemplo, *Vidas imaginarias*. Para Schwob «el arte es lo contrario de las ideas generales». Esas, afirma, hay

que dejárselas a los sabios. El arte «sólo describe lo individual, no desea más que lo único». Para Schwob, los biógrafos antiguos han sido avaros al apreciar principalmente la vida pública por encima de las anomalías o extravagancias del individuo. El que Plutarco imaginase, en paralelo, le parece incompatible con el arte del buen biógrafo: «¡como si dos hombres convenientemente descritos en todos sus detalles pudieran parecerse!». Más próximo por tanto a Boswell en este aspecto, le interesa resaltar los matices, las diferencias que forman en él un lenguaje sensible. Pero añade: «Boswell no tuvo el coraje estético de seleccionar». Sus relatos, sus aproximaciones biográficas, son decantadas, prescinde, desbroza, inventa. El escritor, como un demiurgo, «cuando razona las cosas, las concibe por la semejanza; cuando las imagina, las expresa por la diversidad». Con Schwob nos adentramos en un mundo tan erudito como imaginativo, sus biografías de antiguos griegos y romanos, de prostitutas o asesinos, son veraces, documentadas y absolutamente inventadas. Remy de Gourmont decía que «Schwob, en el curso de su narración, nunca siente la necesidad de hacer comprender sus invenciones, no es en modo alguno explicativo, y ello aguza la impresión de ironía por el contraste natural que se descubre ante un hecho que nos parece maravilloso o abominable y la brevedad desdeñosa de un cuento». Hay un atractivo desdén en su ausencia de didactismo, en su erudición; su literatura propicia el conciliábulo, favorecido por cierto hermetismo. Es lógico, por tanto, que no haya gozado de una popularidad excesiva, constituyéndose más bien como autor de culto, a pesar de que contó en su tiempo –y sigue haciéndolo– con vehementes lectores, dejando cierta influencia en autores como Faulkner, Cunqueiro, Perec, Tabucchi, Bolaño o Vila Matas. «En todas partes del mundo hay devotos de Marcel Schwob que constituyen pequeñas sociedades secretas», escribió Jorge Luis Borges, otro de sus grandes admiradores.

Crítico literario, traductor y autor de relatos, son estos últimos los que la editorial Páginas de Espuma ha recopilado traducidos y editados por Mauro Armiño. Desde *Corazón doble* (1891), su primer libro de ficción, hasta *La cruzada de los niños* (1896), transcurren sólo cinco años, y es entre estos dos libros donde se encuentra el grueso de su producción. De los veinticuatro a los veintinueve años se convierte en una estrella emergente de la literatura parisina del momento. Después padecerá una misteriosa enfermedad no determinada por sus biógrafos de la que sólo se sabe que fue extraña y atroz, que le conducirá a la muerte a la temprana edad de treinta y siete años. Hombre de extraordinaria cultura, fue un buen conocedor de las letras griegas, latinas, medievales e inglesas. El medio en el que nace va a ser favorable al estudio y a la ensoñación. Su padre, Georges Schwob, había tenido amistad con Théophile Gautier y Théodore de Banville y hay quien le atribuye una colaboración en *Abdallah*, vodevil de Julio Verne que no se llegó a estrenar. Asimismo, escribió en el *Corsaire Satan* de Baudelaire y ofreció a Marcel Schwob y a sus hermanos una exquisita educación libresca. Su madre, Matilde Cahun, venía de una familia de intelectuales judíos. Su tío, León Cahun, conservador de la biblioteca Mazarine, orientalista y novelista, le transmitió su pasión por la Antigüedad, por el mundo medieval y oriental. En esa biblioteca leerá

a Apuleyo, Petronio, Catulo, Anacreonte. Entre sus pasiones literarias se hallará Víctor Hugo, Poe, Stevenson o Villon y pronto comienza a relacionarse con Henri Barbusse, Paul Claudel, Colette, Bataille, Georges Meredith o Edmond de Goncourt. Este mundo refinado e intelectual comenzará a convivir, a partir de 1886, con el mundo de la «picaresca y el hampa». Schwob se adentra en ambientes algo más turbios –de los que le interesa especialmente el argot– permeando su literatura de una tenebrosa pátina. Las máscaras, los asesinatos, lo lúgubre, la bruma, los abismos de la desolación –*El libro de Monelle*– proyectan una inquietante sombra sobre su erudita prosa. Una veladura violácea, mortecina, se posa sobre sus cuentos. Es frecuente que en ellos aparezcan términos como «sangre negra», «agua sombría», «luna ensangrentada», «islas oscuras». También son habituales los mundos lejanos y maravillosos en los que hay marineros que dicen dominar «la ciencia de todas las conchas enrolladas» y conocer «cada hierba de la llanura marina». Schwob había leído y admirado a Walt Withman, y si seguimos el hilo de estas palabras nos conducen, como esporas que germinan en otro organismo con el que acaso se han cruzado sólo fugazmente, a Borges, al *Aleph,* a esa mística del *todo* en un individuo. Borges –como vimos antes– elogió a Schwob, de cuyas *Vidas imaginarias* podemos encontrar ecos en *Historia Universal de la infamia.*

En la vida de Schwob hubo dos mujeres importantes. En su literatura, la imagen de la mujer no está encerrada en un arquetipo o anquilosamiento de género –nada más lejos de la mente de Schwob–, sino que da forma a múltiples personajes femeninos singularizados formando un caleidoscopio de distintos rostros. La primera de las mujeres a las que amó se llamaba Louise y de ella poco se sabe. Parece ser que fue una prostituta joven, enfermiza, prácticamente una niña que abusaba del café y del tabaco, según cuenta Pierre Champion en su biografía. Se convirtió en la Monelle del *Libro de Monelle*, esa extraña obra que es una suerte de manifiesto del arte del caos. La pequeña Monelle pone voz a un alucinado y clarividente testimonio concebido como un conjunto de consejos aforísticos en los que nos habla de sí misma, de la destrucción, de los dioses («Que todo dios escape, tan pronto como sea creado»), del culto y la fidelidad al instante («Sé feliz con el momento. Toda felicidad que dura es desgracia»), de la vida y de la muerte («No esperes la muerte: está en ti»). La extrema marginalidad y pérdida de inocencia de Monelle y de sus hermanas («La salvaje», «la fiel», «la soñadora»...) nos acerca a un mundo infantil, desgarrado, sabio, perverso, de pequeños seres poseedores de un conocimiento profético. El libro de Monelle participa de una estética que lo sitúa próximo a Alfred Jarry –quien le dedicó su *Ubú rey*–, a Rimbaud, a Henry de Lautréamont, a Charles Baudelaire o a autores a los que Scwob admiró profundamente como François Rabelais o François Villon. También podemos encontrar ecos del budismo o del taoísmo, así como una oscura incitación a la destrucción próxima al nihilismo.

Su otro gran amor fue la actriz de la Comedia Francesa Marguerite Moreno, con la que mantuvo una relación desde 1895 hasta la muerte de Schwob, diez años después. Su diario *Viaje a Samoa*, que resulta de las cartas que envió a su mujer, muestra la apasionada relación que mantuvieron y

da a conocer el singular viaje que emprendió Schwob cruzando el océano Austral hasta Samoa para visitar la tumba de Stevenson, escritor al que admiraba profundamente. No se habían llegado a conocer, aunque sí mantuvieron cierta correspondencia, así como semejanzas vitales en lo que atañe al gusto de ambos por la aventura a pesar de las limitadas posibilidades de acción a las que les sometía su condición de enfermos crónicos. Schwob le había dedicado su primer libro, *Corazón doble*, además de haber publicado ensayos y prologado la traducción del *Dynamiteur.* La creencia de Scwob de que «el corazón del hombre es doble» coincide con la del doctor Jekyll, quien afirmaba que «el hombre en verdad no es uno, sino dos». Schwob, que publicó bajo varios pseudónimos –Loyson-Bridet o Marquise de Merteuil– sabía de estas duplicidades. No en vano, Edmond de Goncourt dijo de él que era «el más maravilloso resucitador del pasado», habilidad literaria nacida de un corazón doble: por un lado, el apasionado erudito y conocedor del mundo antiguo; por otro, el fantasioso explorador de lo extraordinario que hace coincidir en el cuento lo veraz con lo que cobra nueva vida.